

KARL RAHNER Y LOS «CRISTIANOS ANONIMOS»

Cristiano explícito es aquel que ha experimentado, aceptado y reconocido la acción específica y salvadora del Dios y Padre de Jesús en su propia e íntima historia. Por lo mismo, adivina y reconoce esa misma acción en la historia de aquellos que aún no han llegado a la fe explícita y confesante. Se plantea así el tema de los «cristianos anónimos», una de las más originales, consecuentes y discutidas aportaciones de Rahner, muerto cerca de Innsbruck el 30 de marzo de 1984. El autor del artículo, repensando esta tesis fundamental, quiere rendirle homenaje y contribuir a su recuerdo estimulante.

Karl Rahner et les chrétiens anonymes, Études, 361 (1984) 521-535

"Algunos, no satisfechos con asistirse en las necesidades de la vida cotidiana, pueden, unidos por lazos vivientes, , ayudarse unos a otros en aquel dominio donde crece la gracia de Dios, donde madura ese fruto de eternidad que permanecerá para siempre". Con estas palabras, tres días antes de su muerte, agradecía Rahner los homenajes que se le habían dedicado con ocasión de su 80 aniversario. Y añadía: "me siento algo confuso ante el efecto producido por los balbuceos y abstracciones de un maestro de escuela hablando de teología". De estos balbuceos y abstracciones del gran teólogo que caminaba hacia aquella docta ignorancia del misterio que tanto proclamó, queremos repensar los referidos a una de sus más serias aportaciones, que, al mismo tiempo, pone de manifiesto los rasgos peculiares de su pensamiento. Nos referimos a la tesis acerca de los "cristianos anónimos".

PLANTEAMIENTO DEL PROBLEMA

El Vaticano II afirmó sin reticencia una verdad a veces eclipsada: la posible salvación de aquellos que no profesan la fe explícita en Cristo: "Los que sin culpa propia ignoran el evangelio de Cristo y de su iglesia y, sin embargo, buscan a Dios con sincero corazón y se esfuerzan, bajo la influencia de la gracia en cumplir en sus obras la voluntad de Dios que conocen mediante la voz de su conciencia, pueden alcanzar la salvación eterna" (*Lumen Gentium* n. 16; cfr *Gaudium et Spes* n. 22 45). La originalidad de Rahner consistió en dar razón de cómo es posible lo afirmado por el concilio teniendo en cuenta todas las exigencias de la fe. Y lo hizo mostrando que dicha salvación es cristiana es decir, causada por el misterio de Cristo y la acción del Espíritu.

LA ANTROPOLOGÍA TEOLÓGICA DE RAHNER

La experiencia trascendental

Para abordar seriamente el tema hay que tener en cuenta el núcleo de la antropología de Rahner, basada nuclearmente en la distinción entre los conceptos *categorial* y *trascendental*, distinción que brota de una experiencia que puede explicitarse así: en la presencia a sí mismo, constitutiva de toda conciencia, se pueden distinguir dos polos. El primero consiste en la actividad del conocimiento y de la voluntad referida al mundo, a las cosas, a los demás, a uno mismo. A este polo pertenece la elaboración del lenguaje

mediante el cual son nombrados los seres y elaborados los conceptos o "categorías". Es el polo de nuestro conocimiento explícito, temático y objetivo.

El segundo polo, en el extremo opuesto, es el dominio de lo trascendental y atemático: la actividad del conocimiento objetivo presupone y es posibilitado por la existencia del polo subjetivo, infinitamente más difícil de captar y definir porque, por hipótesis, elude constantemente cualquier tematización o definición; algo semejante a lo que ocurre en la visión: el ojo no capta la actividad retiniana, sin la cual, por otra parte, el órgano no ejercería su función propia. Por lo mismo, dicha actividad puede ser conocida indirectamente como condición de posibilidad de todo conocimiento reflejo y objetivo. Ahora bien, el horizonte de pensamiento de este polo subjetivo posee una amplitud *infinita*, por él el sujeto es pura abertura al ser en general, es decir, absolutamente a todo. De esta forma el ser humano se capta como sujeto finito, sí, pero habitado por un deseo infinito tanto en el orden del conocimiento como en el de la voluntad. Y lo comprueba en la insatisfacción experimentada ante toda realidad conocida 'o poseída. Tanto si lo acepta como si no, el ser humano está como imantado por este movimiento que siempre le conduce más allá del orden de lo particular y temático, de lo explícito, definido y limitado: nuestro preguntar nunca puede detenerse, puesto que cualquier respuesta es planteamiento de una nueva pregunta. Gracias a esta experiencia, que Rahner llama *experiencia trascendental*, el hombre rebasa su propia finitud al experimentarse justamente como finito.

No cabe duda de que el ser humano puede distraerse de esta fundamental orientación y dejarse atrapar por su obrar "categorial" en el mundo. Pero no es menos verdad que ese dinamismo que lo constituye no quedará anulado sino que reaparecerá, pervertido, en forma de preocupación o de angustia. En definitiva, el hombre no puede hacerse distinto a como es: ese movimiento de trascendencia fundamenta e interpela a la vez su persona y su libertad.

UN SABER ANÓNIMO DE DIOS

Lo dicho hasta ahora parece brotar de un análisis puramente filosófico del ser humano. Pero en realidad surge de una opción teológica: esta experiencia es la señal del "misterio absoluto" que suscita al hombre y lo crea "desde atrás" orientándolo hacia sí en un infinito "hacia delante". A este misterio absoluto y sagrado lo llamamos Dios. Y así, en la experiencia trascendental se le da al hombre, en palabras de Rahner, un saber *anónimo* de Dios. Dicho conocimiento implícito es la absoluta condición de posibilidad de cualquier discurso sobre Dios. Con todo, la experiencia trascendental no se basta a sí misma, sino que se concreta necesariamente en el encuentro "categorial" con las realidades siempre individuales de nuestro mundo. En este sentido hay que decir que nuestro conocimiento reflejo de Dios es siempre *a posteriori*. Por otra parte, aunque sea necesario distinguir en el ser humano lo que pertenece a su naturaleza creada en cuanto tal y lo que brota de la gracia de Dios, no es menos verdad que en el seno de la experiencia trascendental concreta ambos planos se encuentran inseparablemente unidos. La búsqueda, pues, del misterio absoluto que reside en toda experiencia trascendental está impulsada por la iniciativa de Dios que quiere entregarse graciosamente al hombre, de tal forma que esa búsqueda tiene su meta y su punto de partida en el Dios de absoluta proximidad e inmediatez.

El existencial sobrenatural

Esta iniciativa graciosa de Dios que interviene en el polo originario de la conciencia humana recibe de Rahner un nombre técnico: *existencial sobrenatural*. *Existencial* porque designa una estructura básica que afecta necesariamente a todos los comportamientos de la existencia del hombre. En este sentido, la "historicidad" sería otro existencial en la medida en que el ser humano no puede realizarse al margen de su historia. Y *sobrenatural* puesto que no afecta formalmente al hombre en virtud de su naturaleza creada, sino a causa de la iniciativa absolutamente gratuita de Dios. Con lo que Rahner nos conduce a una perspectiva explícitamente cristiana.

EL SER HUMANO COMO DESTINATARIO DE LA AUTOCOMUNICACIÓN DE DIOS

Y ello es así porque lo específico del mensaje cristiano consiste en el anuncio de que Dios quiere comunicarse al hombre de forma incondicional, libre, gratuita, sanante. El hombre es, a la vez, el lugar y el acontecimiento de la autocomunicación de Dios en su doble dimensión de gracia divinizadora (Dios se nos da para compartir con nosotros su vida) y redentora (Dios perdona nuestro pecado y nos justifica). Y existe autocomunicación porque el dador es al mismo tiempo el don. Y así Rahner subraya con vigor el dato fundamental del cristianismo: la iniciativa primera y absoluta procede de Dios que se acerca al hombre. La búsqueda de éste es sólo y siempre respuesta a la gracia. La afirmación de Rahner brota con meridiana claridad de la revelación de Jesús en la que se anuncia el eterno y benévolo designio de Dios respecto a toda la humanidad (Ef 1 3-13), su voluntad de salvación universal (1 Tm 2,4). De esta forma la historia de salvación se extiende a toda la historia humana. La aportación original de Rahner consiste en afirmar, en nombre de la universalidad de la misión del Espíritu de Cristo en el mundo, el ofrecimiento o el don de la salvación en el corazón de la experiencia trascendental del hombre. *Ofrecimiento o don*, decimos, porque, aunque todo esté habitado por el existencial sobrenatural, atañe a su libertad vivirlo bajo el signo de la aceptación o del rechazo, quedando claro que la libre aceptación del don está empapada de gracia.

Del anonimato a la tematización

Considerada a semejante nivel de originaria radicalidad, la experiencia así descrita se halla como velada a los ojos del ser humano que no puede descubrirla por sí. Sin embargo, cuando le es anunciada por el cristianismo puede reconocer en el mensaje su propia experiencia. Pero antes incluso de su posible reconocimiento explícito en la adhesión a la fe, la experiencia se tematiza y se afirma en el corazón de cada existencia, de manera real aunque anónima mediante distintas formas religiosas, que son otras tantas tematizaciones parciales, inacabadas y mezcladas de elementos extraños o confusos (que brotan de la pecaminosidad del hombre), de la única revelación sobrenatural. Esa misma experiencia originaria de Dios, atemática y trascendental se objetiva y tematiza de forma no religiosa en el seno de las realidades profanas.

El cristiano anónimo

Puestas las premisas podemos comprender ya la afirmación de Rahner acerca de la existencia de "cristianos anónimos": todo aquel que no se encuentra vinculado ni histórica ni concretamente con el anuncio expreso del cristianismo, puede, sin embargo, ser un hombre justificado que vive en la gracia de Dios. Si tal es el caso, no sólo posee la autocomunicación graciosa de Dios como ofrecimiento, como existencial de su vida, sino que ha acogido ya dicho ofrecimiento y posee con toda propiedad lo esencial de lo que el cristianismo pretende comunicarle, a saber, su salvación en la gracia que objetivamente es gracia de Cristo. Y puesto que la autocomunicación trascendental de Dios en cuanto ofrecimiento a la libertad del hombre es un existencial dado a éste y un momento interno de esta misma autocomunicación de Dios al mundo que en Jesucristo tiene su meta y su cumbre, se puede hablar sin vacilación de "cristianos anónimos", por más que siga en pie que sólo es cristiano, en la dimensión de la historicidad refleja de la autocomunicación trascendental de Dios, quien se declara expresamente en favor de Jesucristo mediante la fe y el bautismo. Por lo tanto, puesto que el hombre es salvado en Cristo es cristiano; pero, porque aún no ha llegado a la confesión consciente y querida de la fe, es un cristiano anónimo, es decir, no puede identificarse como cristiano ante sus propios ojos ni ante la mirada de la iglesia.

Rahner no detiene aquí su reflexión: en virtud de la encarnación y, por tanto, de la absoluta novedad de la solidaridad creada por Jesucristo entre Dios y el hombre, cualquier hombre puede encontrar en el seno de su propia vida a Cristo: "Más de uno, escribe Rahner, ha encontrado a Jesús sin saber que captaba a Aquel en cuyo destino y muerte se precipitaba como hacia su destino de felicidad y redención. Más de uno ha encontrado a aquel que los cristianos llaman Jesús de Nazaret. (...) ¿Acaso Dios y la gracia de Cristo no nos han sido dados como la secreta esencia de cualquier realidad que se pueda elegir? No es tan fácil pretender algo sin ir a dar con Dios y con el Cristo, en la aceptación o en el rechazo, en fe o incredulidad. Aquel que (...) asume su existencia y por tanto su humanidad, con silenciosa paciencia (más aún, en la fe, la esperanza y el amor), quien la asume como misterio que se esconde en el misterio del amor eterno, como aquello que contiene la vida en el seno de la muerte, ése, aunque no lo sepa, ha dicho sí a Cristo (...). Quien asume plenamente su ser de hombre (y con mayor razón quien asume el ser de otro), ése ha acogido ya al Hijo del hombre, porque en El Dios acoge al ser humano. Y si en la escritura leemos que quien ama al prójimo ha cumplido la Ley, nos encontramos ante una última verdad, puesto que Dios se ha convertido en este mismo prójimo y porque en todo prójimo se trata siempre de este Ser único, cercano y lejano a la vez al cual se ha acogido y amado".

Era imprescindible citar este texto del *Tratado fundamental de la fe* en el que Rahner acentúa el fundamento cristológico de la acogida por parte del cristiano anónimo del don de Dios. Se nos da un doble punto de referencia: la aceptación de la propia humanidad personal es aceptación implícita de Cristo porque presupone un acto de fe implícita en el misterio de amor que es Dios y en el misterio del hombre, objeto de la benevolencia divina. Aceptando la propia existencia se acepta y acoge al Hijo del hombre en quien se han encontrado definitivamente dios y el ser humano.

El segundo punto de referencia es la acogida del ser humano en el "otro", es decir, el amor al prójimo con quien se identificó Jesús en la escena del juicio final como aparece en el texto de Mt 25 31-46, tan reiteradamente citado por Rahner. Con todo, hay que tener en cuenta que amar al prójimo no es simplemente actuar como si se amara a Jesús. La palabra evangélica afirma, según Rahner, que un amor absoluto e incondicional,

radicalmente comprometido con un ser humano, acepta implícitamente a Cristo en la fe y en el amor. De esta forma, la encarnación del Verbo realiza la unidad concreta de los dos mandamientos referidos al amor de Dios y al amor del prójimo. Quien ama ha cumplido la Ley.

Prolongando su pensamiento y en previsión de críticas, Rahner habría podido añadir que cuando lo dicho se convierte en acontecimiento se ha obrado una auténtica conversión: alguien ha despegado de su orgullo y egoísmo, que constituyen el fondo de todo pecado, y se ha entregado a un amor que incluye la verdad y la justicia en una decisión arriesgada capaz de afrontar la contradicción absoluta y, por lo tanto, la muerte. Al mismo tiempo, ha asumido la punta culminante del don que es, justamente, el perdón.

El cristianismo anónimo y el cristianismo explícito

Según Rahner, pues, existe un cristianismo anónimo realmente relacionado con la concreción de la historia de la salvación y, por lo tanto, con Jesucristo, formado por todos aquellos que acogen incondicionalmente su propia existencia en obediencia al Dios de la absoluta autocomunicación. Junto a él se encuentra el cristianismo pleno que llega a sí mismo en la escucha creyente del evangelio, en la confesión de la iglesia, en el sacramento y en la explícita realización de la vida cristiana vinculada expresamente a Jesús de Nazaret. Entre ambas formas de cristianismo existen fluidas transiciones: no están sin más yuxtapuestos, sino ordenados entre sí. La tarea de uno consiste en conducir y orientar al otro. Por otra parte, también el cristiano explícito ha de captar y reconocer en su propia historia el misterio de la autocomunicación de Dios. Como afirma vigorosamente Rahner: "uno se hace cristiano para llegar a serlo" ahondando en la fe, la esperanza y el amor la personal relación con Jesucristo.

Insuficiencia del cristianismo anónimo

El cristianismo anónimo no se basta a sí mismo. Tampoco es una panacea para ahorrarse todo esfuerzo evangelizador. Nada más opuesto al pensamiento de Rahner, puesto que para él la experiencia trascendental se tematiza y concreta *necesariamente* en la acción histórica y en el orden de lo categorial. Por lo mismo, la autocomunicación de Dios al hombre no se realiza sólo a nivel trascendental sin asumir un rostro histórico y concreto que va desde el misterio de Jesucristo hasta la institución de la iglesia. De esta forma, Jesús no es sólo un apéndice o "suplemento" del existencial sobrenatural, sino su revelación y constante fundamento. Sin Jesucristo, activo y operante en la historia, la experiencia trascendental se disiparía en humo y nada. Y lo que se dice de la objetividad del misterio de Dios se afirma también de la fe del hombre que obedece y responde. El cristianismo anónimo es una realidad en sí misma fragmentaria, incompleta, radicalmente débil. Su interno dinamismo le conduce a unirse al cristianismo explícito en virtud de la fuerza del Espíritu que lo suscita y lo conduce hacia el reconocimiento de Jesús y hacia la creación de la comunidad eclesial. Por lo mismo, la existencia del cristianismo anónimo exige y reclama la permanencia de la iglesia como signo visible de la irrevocabilidad de la autocomunicación de Dios al mundo en Jesucristo. Sin la permanencia de la iglesia no existirían los cristianos explícitos y se desvanecería el dinamismo del Espíritu en el cristianismo anónimo.

Las críticas a Rahner

La trivialidad de los tiempos, la ola de autocritica que se desencadenó en la iglesia a partir del concilio, el apresurado bautismo de valores humanos que se habían eclipsado o preterido en la cristiandad, cuestionaron la misión evangelizadora del cristiano. Para ello se utilizaron irreflexivamente y a la ligera las tesis de Rahner, simplificadas o sacadas de su contexto. Y, claro está, no tardaron en alzarse voces, unas más autorizadas que otras, que discutieron o negaron el valor de sus afirmaciones.

Quizá la más recia fue la de Urs von Balthasar en su libro *Cordula* de 1966. Según él, si aceptamos la existencia del cristianismo anónimo tal como Rahner lo propone, el conocimiento explícito de Jesucristo se reduciría a la expresión conceptual y objetiva de lo que el hombre ha realizado ya en la profundidad de su ser espiritual, y vendría exigido tan sólo por la estructura encarnatoria y social que pertenece a la gracia del cristianismo. El conocimiento de Jesucristo sería la percepción más clara y puramente refleja de la salvación operada ya en el -hombre, "lo cual" -escribió Balthasar "por deseable que sea, sigue siendo superfluo".

De Lubac en su libro *Paradoja y misterio de la Iglesia* de 1967, sin mencionar a Rahner, abordó el tema de los cristianos anónimos aceptándolo como una nueva versión del tema tradicional acerca de la "salvación de los infieles". Pero rechazaba la existencia de un "cristianismo anónimo" considerada como una economía aparte en la historia de la salvación, puesto que comprometía "la radical y estremecedora novedad de la aportación cristiana", reducida a ser una etiqueta que daría nombre a recipientes cuyo contenido permanecería sin cambio ni transformación, poseído desde siempre, aunque de forma "anónima".

Balthasar, gracias a las ponderadas reflexiones de Lubac, en el postfacio a la segunda edición de su fulminante crítica, aceptó la existencia de los cristianos anónimos, pero rechazó el concepto de "cristianismo anónimo". Admitía que Rahner pensaba, a pesar de su excesiva dependencia del idealismo alemán, bien protegido teológicamente, pero que no sucedía lo mismo con quienes irreflexivamente adoptaban sus tesis. Es muy posible que en los dos grandes teólogos católicos de este siglo, Rahner y Balthasar, se enfrenten dos talentos incompatibles entre sí, cuya misión sea la de corregirse mutuamente, embarcados cada uno por su cuenta en un innegable vigor especulativo. Por lo demás, la síntesis que Rahner elaboró en su *Tratado fundamental de la fe*, equilibraba sus tesis en un contexto más global y en un fundamento más sólido.

ESBOZO DE UN BALANCE

¿Puede decirse que el *Tratado fundamental de la fe* donde Rahner tiene en cuenta las críticas que se la han dirigido aporte respuestas definitivas? No cabe duda de que las cuestiones de fondo permanecen inalteradas y que la reflexión teológica no ha pronunciado aún una palabra definitiva. Con todo, para juzgar a Rahner hay que partir de este texto y no de los precedentes, porque en él se elabora una hermosa y larga cristología que incluye una teología de la cruz y se desarrolla ampliamente el tema de la adhesión a la iglesia como perteneciente a la esencia del cristianismo. En Rahner se da no sólo un equilibrio sino una auténtica solidaridad entre lo categorial y lo trascendental, los polos que constituyen la totalidad del ser humano. Su originalidad y

su mérito consisten en haber inventariado los datos fundamentales de la antropología cristiana mediante todos los recursos que le brindaba el pensamiento contemporáneo. Con ellos iluminó la teología de la gracia y la doctrina de la misión del Espíritu, levantando ese monumento del siglo xx que es la teología trascendental.

Desgraciadamente se ha olvidado con demasiada frecuencia que Rahner estableció los fundamentos de su reflexión a la luz de la más explícita revelación cristiana. Sus aparentes deducciones filosóficas no son otra cosa que el fruto de un análisis *posteriori* de la honda coherencia que habita en el hombre visitado y transformado por la gracia. Sólo a la luz de la revelación de Jesucristo afirma Rahner la existencia de cristianos anónimos y entiende que no existirían en absoluto de no actuar en la historia el acontecimiento de Jesucristo y la permanencia de la iglesia. Por lo mismo, al deber del cristiano anónimo que consiste en unirse a la iglesia en la medida de sus posibilidades, corresponde rigurosamente el deber de ésta de anunciar y de dar testimonio auténtico del evangelio. Creemos que sólo se puede entender correctamente a Rahner cuando se le ve como teólogo que ha intentado mostrar que toda salvación proviene de Cristo y de la iglesia; como aquél que ha sido capaz de dar una interpretación teológicamente fundamentada de la universalidad del cristianismo justamente en un mundo y en una época en la que el *número* de los no cristianos plantea las más serias preguntas tanto al teólogo como al pastor.

Tradujo y condensó: ANTONIO PASCUAL PIQUÉ